

Pasáabmos delante de la posada, cuya muestra nueva representaba los tres Magos, esos antiguos patronos del viajero, que han descubierto el nuevo hombre y el nuevo mundo. El posadero, sentado en el umbral, se levantó y tomó con una mano su pipa, y con la otra su gorra de algodón. Sabia yo cuál es la importancia de un posadero, y felicité al párroco por guardarle tales atenciones un personaje tan distinguido.

—Lo es mas aún de lo que veis, me dijo el cura. Fué por largo tiempo mi encarnizado enemigo. Hablaba contra mí en el Ayuntamiento, cuando en él no contaba mas que amigos suyos. Hícele empero nombrar alcalde, y vino á ser como el obispo de afuera. Yo le hice dar su insignia, y, lo que nadie creeria, me regaló un hermoso copon de plata. Desde que es alcalde, cierra su taberna los domingos y demás dias festivos á la ora de los Oficios.

—Empiezo á sospechar que haceis milagros, señor cura.

—No, però Aquel que los hace no los niega á la flaqueza de su servidor. Su caridad suple mi impotencia. Algunas veces me inspira las acciones y las palabras necesarias; casi siempre obra por sí mismo: trato de remover un obtáculo que no he podido vencer ni evitar, y el obstáculo ya no existe.

Fuí encargado, prosiguió, de esta parroquia despues de la revolucion de julio. Mi predecesor habia sido cogido y echado ignominiosamente. Era amigo mio, y vino á encontrarme en el seminario en que enseñaba filosofía. Despues de haberme contado sus trabajos, sus fatigas, sus

dolores, me confió que, no pudiendo volver á su parroquia, se proponia marchar á las misiones. Al escucharlo me avergoncé de mi vida hasta entonces tan tranquila, y concebí el designio de partir con él: *Eamus et nos!* Mas nuestro Obispo manifestó que no queria privarse á un mismo tiempo de dos párrocos útiles, y que yo debia quedarme.

—En cuanto á vos, dijo al antiguo párroco de M. . . . : no os daré el *exeat* sino despues de haberos reemplazado en vuestro curato. Pero ¿á quién daré semejante cruz? ¿conocéis á alguno que pueda llevarla?

—Sí, monseñor, respondió mi amigo; y es ese amado hermano que solicita tomar como yo la carga del apostolado.

—¿Qué decís á esto, mi querido profesor? me dijo el buen Obispo. ¿Consentís en ir á fecundizar esta mision? Será tan meritoria como cualquiera otra.

Me sobrecogí menos de lo que habria creido, y contesté á monseñor renovando á sus piés el voto de obediencia de mi ordenacion. Bendíjome no sin derramar lágrimas. Hé aquí cómo vine á ser párroco de M. . . . Cerré mis libros, abandoné mi dichosa celda del seminario, y llegué lleno de esperanzas y de temores.

Se me recibió muy mal, y se habia tratado de no admitirme. No obstante, pude instalarme mediante una cencerrada que durante un mes se renovó casi todas las noches con permiso de las autoridades. Uno de los mas firmes camorristas era el único hombre de la parroquia que consintió en hablarme, mi propio sacristan, espíritu

fuerte y borracho acabado. Habia probado tan inútilmente el castigarle como el convertirle. Si le hubiese despedido, nadie hubiera querido reemplazarle, y él me habria á su vez despedido al dia siguiente. Quise muchas veces visitar al alcalde, y me cerró constantemente su puerta. Déjase comprender lo que hacia el maestro del comun. El resto de la poblacion, alentada por esos ejemplos, me prodigaba los pecres tratamientos. Perseguíanme los chiquillos con sus gritos; los mayores me arrojaban piedras; hasta los pobres no me agradecian las limosnas que les hacia. Apenas se dignaban escucharme en el momento que les daba mi pan. Cuando me veia obligado á pasar delante de la taberna, veia siempre algun mendigo mezclado con los que cantaban las coplas satíricas compuestas contra el cura por los espíritus fuertes del lugar: *In me psallebant qui bibebant vinum.*

Nada podia esperar de mis sermones, pues nadie venia á la iglesia. El domingo celebraba, como los demas dias, los santos misterios en completa soledad. Daba pena ver aquella pobre iglesia: el agua filtraba por el techo roto, la humedad ponía verdes las baldosas, el edificio entero amenazaba ruina, y el sacristan me decia con razon que la bóveda acabaria por desplomarse sobre mí. Habia hecho algunas economías, y las destiné á reparar la ventana principal del coro. Ese costoso trabajo se concluyó la víspera de Todos los Santos. Sabia que en virtud de una costumbre mas supersticiosa que devota, aquel dia y el siguiente de Difuntos casi todo el mundo asistiría á los oficios, y pensé que se tendria al-

guna consideracion á mi dádiva. Cuando entré en la iglesia, los restos de la ventana estaban esparcidos por el suelo, y las piedras de que se habian servido para destruirla, cubrian el altar. Este espectáculo me lastimó el corazon. Caí de rodillas y lloré; risas de mofa respondieron á mis gemidos. No obstante, despues de haber reparado como pude el estrago, hice tocar á misa. Acudieron en tropel ¡ay! para gozarse en mi dolor y hacerme un nuevo ultraje. Desde el momento que estuve en el púlpito, levantáronse y salieron todos, á una señal del alcalde y del maestro. “¡Deteneos! les grité, llevado de un movimiento que no pude dominar y que les dejó inmóviles. Muchos de vosotros habeis insultado esta misma noche esta iglesia, que es la casa de Dios. Dios os ha visto, Dios os conoce: ¡haced penitencia, porque Dios se apresta á castigaros!...” Encogieron de hombros, y se salieron del santo lugar dejándome casi solo, despues de haberme hecho comprender de tan cruel manera que no querian escucharme.

He de confesaros una falta que entonces cometí: mi Obispo me reprendió severamente por ella, y nunca podré olvidarla. Estaba enojado, y me atreví á pedir á Dios que vengase él mismo su causa: *Surge, et judica causam tuam!* No tardé mucho en ser oido. En ocho dias, dos de los principales fautores estuvieron á punto de matarse, y quedaron enfermos. Acordáronse de mis amenazas, tuvieron miedo y se continuó insultándome; pero empecé á pasar por brujo, y no fui menos aborrecido. El castigo de aquellos dos miserables, que rehusaron osbtinadamente mis con-

suelos, me espantó mas que á ellos mismos. A las nuevas dificultades que me rodeaban y á mis propios remordimientos hube de añadir la conciencia de que Dios me habia enviado para maldecir: *Non in arcu meo sperabo; et gladius meus non salvabit me.*

Confié á mi Obispo todas mis culpas. Eran tales, que temí desfallecer. El buen Prelado me reanimaba: "No desesperéis jamás de la misericordia, me decia. Si hubiéseis sido misionero, ¿creeríais no haber hecho nada por la salvacion de los salvajes durante el tiempo que hubiéseis pasado en el mar? ¿Habrian sido perdidas las horas empleadas en aprender su lengua? En verdad todas vuestras penas, todas vuestras lágrimas, las lágrimas y las penas de vuestros predecesores, son preciosa semilla depositada en esta tierra, y ella no la echará á perder."

Bendecíame y sentia renacer mi esperanza; mas los gérmenes anunciados no aparecian. Abandonado de todos como un apestado, nada ensayé que no abortase miserablemente ó que no se volviese contra mí.

Quise prestar algunos cuidados, dar algun medicamento á los pobres enfermos, tan abandonados de todo el mundo, que habian consentido en recibirme: el médico y el boticario de la comarca me amenazaron con un proceso. Quise dar lecciones á dos muchachos de buena disposicion: el maestro de escuela me denunció, y el inspektor me hizo condenar á una multa, y abandonándome mis alumnos, me insultaron para que así se les perdonase el haber sido amigos míos. Se me hizo registrar en la cabeza del partido, se me

llamó clérigo revoltoso, diéronse quejas de mí al Obispo, y el Procurador del Rey me manifestó bruscamente que procurase respetar los leyes del Estado.

¿Qué os diré? Esto duró tres años. ¡Oh Dios mio, qué años! Prosternado en mi desierta iglesia, conjuraba á Dios para que se hablandase; pero parecia tan insensible á mis lágrimas como la piedra que éstas regaban. Sin embargo, me escuchaba, trabajaba en los corazones; pero yo nada veia.

Por aquel tiempo aflijióme una gran desgracia: murió mi única hermana, dejando dos huerfanitos, Pedro Laurend, vuestro amigo, y una niña de diez y siete años, llamada Edmunda, mi ahijada, la cual queria consagrarse á Dios, mas su débil salud le aconsejaba el dilatarlo. No tenia apoyo alguno en la tierra, y se vino á vivir, ó mejor, á morir conmigo.

Al principio su presencia parecia que suavizaba á aquellos espíritus feroces. Era dulce, agradable, oficiosa como la caridad; tenia muchas prendas, mil recetas: se atrajo la amistad de muchas personas jóvenes, y pronto pude esperar que por su medio descenderia un débil rayo de la gracia sobre mi infortunada parroquia. Así fué en efecto, ¡pero á qué precio!

Detúvose el Cura casi tan conmovido como lo habia estado algunos momentos antes, al recuerdo de mi amigo. Habiamos llegado delante de la iglesia, situada en una espaciosa plaza, plantada de árboles jóvenes y en la que habia hermosas casas. El edificio era enteramente nuevo. Admiráronme sus vastas proporciones, y felicité sin-

ceramente al Cura poa el gusto sencillo de la arquitectura. Entramos y aumentóse mi admiración. El altar brillaba con una decoración magnífica; todo era propio, ordenado, exquisito. Un sacristan, que me figuré no era el de quien el Párroco me habia hablado, limpiaba los enmaderamientos con un aire de decencia y de piedad, que enaltecia singularmente sus humildes funciones. Mas, lo que me causó un placer indecible, fué el ver que en la capilla de la Virgen habia muchas mujeres que meditaban al rededor de un confesionario, en el que el Vicario estaba sentado.

El Cura, adivinando mis pensamientos, me apretó la mano y me dijo en voz baja.

—Mañana es el primer viernes del mes, y celebramos la fiesta del Sagrado Corazon. Esta noche confesaré á los hombres: ¡rindamos gracias á Dios!

Era una necesidad de mi alma. Arrodilléme cerca de aquel verdadero servidor de Cristo, y no me apercibí de que fuese larga mi oracion, pues yo tambien oré con la abundancia del corazon como quisiera orar siempre.

Levantóse primero que yo, y salimos.

—¡Hé aquí, me dijo con vivo acento de reconocimiento, hé aquí lo que Dios sabe hacer! El es quien ha excitado esas oraciones, tanto en el sentido positivo, como en el figurado. El ha removido las piedras y las ha dispuesto con este buen órden, edificado entre nosotros el templo material al par que el espiritual. En verdad puedo decir que las piedras han trabajado, si me es lícito hablar como la Escritura, que hace obrar las piedras! Sí, mi caro amigo, nuestra iglesia ha

sido edificada sin plan, sin arquitecto, sin dinero; y para llenarla de cristianos, no he tenido que hacer mas que abrir la puerta: *Qui habitare facit sterilem in domo, matrem filiorum lactantem.* ¡Qué eficaces palabras habia yo dirigido á los primeros que vinieron á orar! ¿En dónde he hallado los cien mil francos que este edificio ha costado?

—¿Cien mil francos? exclamé.

—¿Os admira esto? replicó el Cura; pues sabed que no es la mitad de nuestros gastos. Os haré ver el hospital y las escuelas, que han costado mas.

—Pero, señor Cura, dije, ¿cómo habeis podido meteros en tales empresas?

—Lo ignoro, respondió: no tengo en ellas ni la responsabilidad, ni el mérito. He obrado como aquellas máquinas que un motor invisible hace mover y que no saben lo que hacen. Mi querida Edmunda ha sido la verdadera fundadora de la iglesia; el hospital se ha edificado en cierto modo sobre la tumba de mi pobre Laurend. Mas entremos en la casa rectoral.

La repugnancia que sentia el Cura á que se hablase de su sobrina y de su sobrino, era demasiado visible para que yo no la hubiese notado, y ciertamente no tenia deseo alguno de que su dolor me sirviese de pasatiempo: con todo, la obra de la conversion, ó mas bien, de la resurreccion del lugar, parecia tan íntimamente unida á dichas dos memorias, que deseaba ardientemente saber lo que él no me decia. Resolví esforzarme un poco cuando saliese á colacion este punto del que su voluntad lo alejaba sin cesar, pero al que su corazon lo conducia siempre.

Estábamos en la casa, cuyos honores me hizo. Si el Párroco de M.... había removido muchas piedras, no era por cierto para tener mejor alojamiento. La casa, pequeña y negra, parecía no tenerse en pié, sino en virtud de un pacto con los vientos. Componíase de tres piezas en el pizo bajo, una de las cuales servía de cocina, otra de comedor y despacho, y la tercera de dormitorio, sala y biblioteca, en la cual observé un buen número de hermosos libror. Díjome el Cura que había tenido mas, habiéndose en su juventud dedicado alguna vez al tráfico de libros. Mas un dia sus feligreses, atribuyéndole un pedrisco muy fuerte que destruyó sus campos, habían invadido su casa y saqueado una parte de sus libros de mágia.

—Felizmente, añadió, su furor se dirigió contra un mueble que contenía los libros mas raros y que no me servían.

En el piso de encima había un granero y dos cuartos primorositos. Uno de ellos parecía amueblado para una mujer. Veíanse en él algunas imágenes piadosas, un cuadro hecho á la aguja, un velador y una cama de hierro rodeada de cortinas blancas. Mas la pieza estaba oscurecida por un ancho cobertizo colocado á la parte exterior encima de su única ventana.

—¿Por qué no haceis quitar ese cobertizo? dije al Cura; el cuarto seria mas sano y mas claro.

—Este aposento, contestó, no está habitado; es el de Edmunda. Había hecho construir ese cobertizo para que los pobres no tuviesen que esperar á la intemperie, cuando en la casa no había nadie para recibirlos. Fué por su parte una

caridad muy grande, pues que nada le gustaba tanto como mucho aire y mucha luz.

—¡Cuánto habreis sufrido, añadí con voz conmovida, cuando Dios os privó de tan dulce compañía, y además, si no recuerdo mal lo que me habeis dicho, de tan preciosa ayuda!

—Veo, respondió el Cura, que deseais conocer toda la historia de mis dolores. Os la contaré aquí mismo. No sabría encontrar, fuera de la iglesia, un lugar en que pudiese haceros esta triste rocion con mas resignacion y consuelo. Vos, empero, amigo mio, dominad á vuestro corazon y no os indigneis contra aquellos que me han causado tan dolorosos golpes. No acuseis mas que á la debilidad, en todas partes igual, de la especie humana, cuando sacude el divino yugo. Considerad que ocupo aquí el lugar de Jesucristo perseguido, azotado, crucificado; considerad que el servidor culpable no es superior al Dueño inocente; y por fin, considerad que hoy, como hace diez y ocho siglos, y por todo el mundo como en el Calvario, el fruto de salvacion está pendiente del árbol de la cruz. No ha pasado siglo alguno sin que el mundo haya visto á hombres poderosos por la fuerza, ó por el genio, elevarse á una gran altura entre sus contemporáneos, dominarlos, encadenarlos, darles leyes ó doctrinas. A pesar de su gloria, de la púrpura, del imperio, esos hombres no dejan de ser hombres; el mundo que habían sojuzgado, los ha residenciado, y al axaltar su gloria, los ha rebajado siempre en su justa sentencia al nivel de la naturaleza humana. El mundo ha reconocido á su Dios en el oprobio, en el suplicio y en la cruz. Mas, no temo el de-

cirlo, Dios mismo sería olvidado, la cruz augusta se pondría al nivel de tantas grandezas que han deslumbrado la tierra, y que ya no existen, y la obra de la salvacion sería imperfecta, si la Santísima Trinidad, en los designios de su infinita misericordia, no hubiese cuidado de enviar á la tierra fieles imitadores de Jesus crucificado. Escoge hombres de buena voluntad.—¡sí, Dios mio, dé un poco de buena voluntad!—y sosteniendo su flaqueza, reparando sus desfallecimientos, perdonando su cobardía, les da á beber el cáliz, y los hace subir al Calvario. Es menester que el ultraje los acompañe, que el sudor de sangre los inunde, que sean clavados en un madero, y que de su costado abierto manen la sangre y el agua. Renuevan entonces la obra de la cruz, abren el cielo al ladrón y al homicida; y aquellos que los han maltratado se dicen á sí mismos: ¡Verdaderamente nos amaban! ¡verdaderamente han practicado entre nosotros la ley de Dios, que murió para rescatar el mundo!

Ahora bien, creaedme, caro amigo de mi pobre Laurend, vos, á quien no temo enseñar mis llagas, creedme: mi corazón, demasiado apegado á sí mismo, no ha gustado tanto como Dios lo habría permitido las delicias del sacrificio; mas las he conocido lo bastante para poderos decir que son felices y bienaventurados aquellos que llevan la cruz. ¡Ellos aman! ¡Antes de recibir la vocación del sacrificio, han recibido ya el amor, este don de Dios, el amor invencible que triunfa de la muerte! Y el mundo conjurado nada puede contra la felicidad de su alma. Con el amor tienen la fé; con la fé, la esperanza; la mejor pose-

sion de ellos no permanece ya en la tierra. ¿Qué importa al viajero que ve el objeto y está seguro de alcanzarlo, qué le importa el camino que recorre todavía? Cada paso que da es un paso menos por dar y que lo aproxima á su eterno descanso. Verdad es que está herido, que corre su sangre; pero cree una vez mas, espera, ama y se embriaga con una dicha que toda la ingratitud de los hombres no puede arrebatárle: la dicha de amarlos y de sufrir por ellos.

Mi sobrina Edmunda, la amada niña, había recibido del cielo la inapreciable gracia de la caridad. Conocía el precio de las almas, y por salvar una sola habría dado gustosa su vida. Rebosaban de su corazón palabra admirables, cuando de noche, en nuestra soledad, hablábamos de Dios bondadoso. Yo, eclesiástico, teólogo, ya viejo doctor, aprendí de ella cosas que ignoraba. Tenía sobre todo una perfecta devoción á la Virgen Santísima, patrona de los predestinados; sus conversaciones no eran mas que un comentario de las palabras de San Bernardo: *Omnia per Mariam!*

Como ya he dicho, Edmunda se había atraído la amistad de una porción de mujeres: reuniólas luego en una pequeña cofradía, y al fin tuve la alegría de ver á siete ú ocho personas en la misa. ¡Con cuánta satisfacción saludé aquellas primicias por tanto tiempo esperadas! Edmunda concebía mil hermosos proyectos. Veía ya á las mujeres llevarme sus hijos, casarse las jóvenes y convertir á sus maridos. Quería que reparásemos y agrandásemos la capilla de la Virgen. Entre tanto trabajaba día y noche para reemplazar con

algunos adornos la pobreza lamentable de aquella querida capilla.

Poco duraron tan agradables ilusiones; eran prematuras: mi pobre Edmunda no debía verlas realizadas.

Sus amigas, encantadas de sus discursos, los repetían en sus casas, y se apartaron de las groseras fiestas que hasta entonces habían frecuentado. Se hizo mofa de ellas, se resistieron, creció la irritación, y hallóse, al fin, un medio de vencerlas. No solo fui de nuevo el blanco de los insultos, sino que además, cosa que no se había hecho aún, se me difamó, y, lo que nunca habría creído, se calumnió á Edmunda, tierna y virginal criatura, cuyo solo aspecto inspiraba la virtud. Se me dirigía una canción de Beranger, que una mano más hábil que la de mis feligreses había arreglado contra mi sobrina y contra mí. Preví que iban á circular por todas partes aquellas afrentosas coplas, y que hasta los niños las repetirían. Mi primera idea fué alejar á Edmunda, cuya salud por otra parte estaba resentida algún tiempo hacía; pero el mal estaba hecho y era demasiado tarde. Supo también Edmunda lo que había llegado á mi noticia. Una de sus amigas, antes de romper con ella y despreciarla como á una persona desonrada, movida de celos absurdos, se apresuraba á referirle todo lo que se decía. Estaba dado el golpe y había hecho una mortal herida; la inocente vírgen vivía solo por un esfuerzo de su valor y de su caridad por mí. Por no afligirme, y para que no la obligase á alejarse del aire emponzoñado que asesinaba su honor, callaba y se moría. Perseguíala por todas

partes la canción homicida. Si salía, la oía murmurar á su lado, ó cantarla en las casas. De día, cuando yo estaba fuera; de noche, cuando yo dormía, hombres, mujeres, niños, iban á cantarla debajo de la ventana, debajo del cobertizo que había hecho construir para cobijar á los pobres. Continuamente la punta de aquel puñal infernal perturbaba su meditación y su sueño. ¡Veíanla morir, y no cesaban! ¿Creeréis que un día, estando sola en la iglesia orando, un hombre á quien reconoció y que nunca quiso nombrar, fué á colocarse detrás de ella, y sin respecto á la santidad del lugar, ni á su debilidad, le cantó aquellos versos obscenos y sacrílegos, hasta que cayó desmayada? ¡Ah, cuánto hay que rogar por el poeta que compuso aquella obra! Porque ignora sin duda que ha puesto una arma cruel en manos de los torpes enemigos de la Religión, que desolan nuestras poblaciones. ¿Soy acaso el único párroco cuya misión ha estorbado? ¿Mi pobre Edmunda ha sido tal vez la sola víctima de su herida, mas mortal que la mordedura de las víboras?

✓ Cuando dije á Edmunda que su salud me imponía el deber de sacarla de este país, me contestó:

—Querido tío, comprendo el origen de vuestro pensamiento: debéis haceros cargo de que por todas partes me llevaré el mal que aquí sufro. No me condeneis á morir lejos de vos, y reflexionad que mi partida daría nuevos pretextos á la calumnia. Mi reputación exige que no me ausente, aunque partiendo asegurase mi curación; porque se atenta contra el honor del mismo Dios atacando el mío. Hagamos generosamente nues-